

ESPAÑA EN EL ROSARIO DE OCASIONES PERDIDAS

LA RECONCILIACION DINASTICA Y EL SIGLO XIX

Por VICENTE MARRERO

El matrimonio de la reina de España, Isabel II, y el de su hermana, la infanta Luisa Fernanda—los matrimonios españoles como se decía en las Cancillerías—interesaron a todas las potencias extranjeras, cada una de las cuales había presentado su candidato.

La cuestión empieza a cobrar importancia el 23 de marzo de 1844, con el regreso a Madrid de su destierro de la Reina María Cristina. Presidía entonces el Gobierno, González Bravo, que mal podía coexistir con la presencia de la exgobernadora por las encendidas soflamas—aquí irreproducibles—que años atrás había lanzado contra ella. El progresista, el Ibrahim Clarete del «Guirigay», era ya todo un encopetado moderado. Pero no importaba al caso. El día que llegó la reina madre, Narváez, se permitió recomendar a González Bravo «que se pusiera enfermo» para no acudir a recibirla, indicación que no atendió el todavía joven presidente. En efecto, poco después, el 3 de mayo, se produciría la crisis.

Sube Narváez, y con él el gobierno moderado de mayor altura política, a juzgar por sus miembros, que tuvo el reinado de Isabel II. Don Pedro González Pidal, en Gobernación, don Alejandro Mon, el gran hacendista, en Hacienda; Mayans, en Justicia; el célebre general Armero, en Marina; y en Estado, pieza clave para esta cuestión de las bodas reales, don Manuel Pezuela Ceballos, Marqués de Viluma, hermano del Conde de Cheste, diplomático que, camino de Londres, fue llamado a esta cartera sin haber todavía tomado posesión de la Embajada. Se incorporó al gobierno que acompañando a la corte se encontraba en Barcelona, el 23 de junio.

pre tras las cortinas, porque una ley de la católica España prohibía el acceso de los sacerdotes al Parlamento, si bien permitía que algunos obispos y arzobispos tuvieran asientos en el Senado.

La dimisión de Viluma tuvo que contrariar profundamente a su mentor, más práctico que su hombre de acción, puesto ante la necesidad de armarse cada vez de más paciencia, y reducido a resignarse a ser discreto inspirador de la recia pero poco dúctil personalidad del Marqués de Viluma. Balmes regresó de Madrid a Barcelona el 2 de julio. Venía, posiblemente, a impedir la dimisión de su egregio amigo. Pero llegó tarde. De hecho, Viluma fue ministro veinticuatro horas, y su dimisión tuvo, además, el agravante de no prever que pocos días después, el cuatro de julio, como estaba acordado, se disolvería el Parlamento y se vería, por consiguiente, privado de la enorme «chance» de preparar unas elecciones desde el seno mismo del gobierno.

No obstante, los balmistas con Viluma, después de fundar el partido monárquico nacional frente al monárquico constitucional que era el del gobierno, van a las elecciones. Viluma encabeza la candidatura balmista por Barcelona frente al mismísimo Narváez y sacan veinte diputados. Triunfo magnífico, por hallarse repartido por provincias y por las malas artes del gobierno que impidió la salida de ningún balmista por Barcelona ni por Madrid. Ya Balmes, con anterioridad, en su semanario, había publicado el programa del partido.

Después de las elecciones, el 11 de septiembre, Balmes llega a Madrid y no se separa de Viluma cuya vacante en el gobierno había ocupado el acomodaticio Martínez de la Rosa.

OTRO ERROR DE VILUMA

Pero he aquí que el 21 de diciembre, Viluma comete otro lamentable error político. En aquellos tiempos, cuando es-

mediados de octubre. En el manifiesto decía Montemolin:

«Españoles: La nueva situación en que me coloca la renuncia de los derechos a la Corona de España, que en mi favor se ha dignado hacer mi augusto padre, me impone el deber de dirigiros la palabra; mas no creais, españoles, que me propongo arrojar entre vosotros una tarea de discordia. Basta de sangre y de lágrimas. Mi corazón se oprime al solo recuerdo de las pasadas catástrofes, y se estremece con la idea de que se pudieran reproducir.

»Los sucesos de los años anteriores habrán dejado quizá en el ánimo de algunos prevenciones contra mí, creyéndome deseoso de vengar agravios. En mi pecho no caben tales sentimientos. Si algún día la Divina Providencia me abre de nuevo las puertas de mi patria, para mí no habrá partidos; no habrá más que españoles...

»Sé muy bien que el mejor medio de evitar la repetición de las revoluciones no es empeñarse en destruir cuanto ellas han levantado, ni en levantar todo lo que ellas han destruido. Justicia sin violencias, reparación sin reacciones, prudente y equitativa transacción entre todos los intereses, aprovechar lo mucho bueno que nos legaron nuestros mayores sin contrarrestar el espíritu de la época en lo que encierre de saludable. He aquí mi política.

»Hay en la familia real una cuestión que, nacida a fines del reinado de mi augusto tío el señor don Fernando VII (que santa gloria goza), provocó la guerra civil. Yo no puedo olvidarme de la dignidad de mi persona y de los intereses de mi augusta familia; pero desde luego os aseguro, españoles, que no dependerá de mí si esta división que lamento no se termina para siempre. No hay sacrificio compatible con mi decoro y mi conciencia a que no me halle dispuesto para dar fin a las discordias civiles y acelerar la reconciliación de la real familia.

»Os hablo, españoles, con todas las veras de mi corazón: no deseo presentarme entre vosotros apellidando guerra, sino paz...»

El 16 de julio aparece el diario "El Conciliador", diri-

moderados se decantaron por don Francisco de Asís, al tiempo que los progresistas lo hacían por su hermano don Enrique, el que moriría en desafío con el Duque de Montpensier, el que andando el tiempo quiso ser también rey de España.

LAS INTRIGAS EXTRANJERAS

Luis Felipe se decidía por don Francisco de Asís, si a la vez se concertaba la boda de la infanta Luisa Fernanda con el Duque de Montpensier, quinto hijo del rey de Francia. Los planes de Francia eran bastante amplios. Si del matrimonio real no quedaba sucesión, la dinastía de Orleans ascendería al trono español. Por otro lado, como don Francisco de Asís no había de tener la menor autoridad sobre su mujer, España quedaría sometida a la influencia de Luis Felipe. Inglaterra combatía este plan, y Narváez, que no quiso ceder a las exigencias del partido francés, presentó la dimisión.

Otro crasísimo error de Viluma. Retirado del Parlamento con sus diputados, fue nombrado Presidente del Senado, puesto, entonces, de sumo interés, porque algunas veces los Presidentes del Senado eran nombrados Presidentes del Consejo. Y, en efecto, así sucedió con Viluma. Pero éste, asombrosamente, se niega a formar gabinete. Es el gran momento en que el plan de Balmes pierde definitivamente efectividad, a pesar de su paciencia extremada al límite.

Terminó formando gobierno el Marqués de Miraflores, que dimitió el 16 de marzo y sube otra vez Narváez, quien introduce en el Ministerio de Marina al Conde de Cheste, hermano de Viluma, que, por supuesto, sintonizaría con el. Pero cae Cheste, porque los Ministros no aprobaron su ley de bolsa, y es curioso señalar que en aquellos tiempos la bolsa dependía del Ministerio de Marina.

Hay gran intranquilidad, y con la variación de los Ministerios las intrigas se siguieron moviendo en torno a los matrimonios, hasta que, al fin, se busca un Presidente dis-

volvernos en algodón inglés. Para Inglaterra el libre cambio, pazguatamente profesado por nuestros progresistas, no era solamente un principio económico, sino una conveniencia mercantil y política. En cambio, entre los moderados abundaban hombres de negocios que trabajaban con el apoyo de capitales franceses. La mayor parte de los ferrocarriles españoles (bases de muchas fortunas moderadas) se hicieron con dinero francés.

Así, nuestra política giraba alrededor de la influencia francesa, cuando mandaban los moderados, y de los ingleses cuando lo hacían, por paradójico que nos parezca, los progresistas. Por ello, el candidato a la mano de la reina de los moderados era el que convenía a Francia, y el de los progresistas, el que venía bien a los planes de Inglaterra.

Decisiva para el plan de reconciliación dinástica de Balmes fue la hostilidad de Narváez, de María Cristina y de Luis Felipe. Balmes, al fin y al cabo, mejor pensador político que político, continuó su campaña. Los hechos hablaban por él, decía. Pero una conjura diplomática se adelantó a los hechos. Y en tanto que en el país se sucedían asonadas progresistas, el 28 de agosto de 1846 la «Gaceta» da cuenta de que Isabel II ha elegido por marido a su primo don Francisco de Asís, Duque de Cádiz. La característica del matrimonio de la reina y lo que a Balmes dejó sobresaltado, fue la precipitación, casi diríamos la clandestinidad, con que se ejecutó. Del decreto hasta el casamiento medió solo mes y medio. Pocos días antes, Balmes había recibido un alevoso ataque de «El español», diario que entre todos los liberales fingía mayor dignidad y tolerancia. Respondió magistralmente Balmes con su «Vindicación personal», pero no comprendió todo el sentido de la violenta ofensiva que acaba de sufrir. Aquel ataque personal era un movimiento estratégico para distraer el golpe de estado que iba a dar el gobierno, casando a la reina casi por sorpresa.

na, poco antes dirigió el Infante don Francisco de Asís a Montemolín; y el Marqués de Rozalejo, en su libro «Cheste o todo un siglo», nos cuenta cómo Viluma procura por medio del Obispo de Pamplona—figura prestigiosa de la Iglesia, que gozaba de gran ascendencia en los medios carlistas—vencer el ánimo de Montemolín, llegando un día a rogarle que recurriese al mismo Infante don Francisco: «Supongo que usted—escribe Viluma—mantendrá buenas relaciones con el Infante Don Francisco, residente en esa ciudad, y así me atrevo a indicarle procure inducirle a que escriba a su primo Carlos Luis para que si se ofrece oportunidad de venir a España, casándose con su prima, la aproveche, aun cuando tenga que hacer grandes sacrificios». Detrás de todo esto, no se duda, se ve la mano de Balmes, que en aquellos días no se separaba de Viluma.

Inserta en la continuación de la Historia general de España por don Eduardo Chao, la carta de don Francisco de Asís a Montemolín, entre otras cosas, decía: «Creo que poniendo los ojos en ti se ha dado un gran paso a la reconciliación que debes desear ardientemente, sea como cristiano, sea como Príncipe. Conozco también que para llegar a tan feliz resultado se exigirán de tu persona costosos sacrificios, y jamás ni como hombre ni como Príncipe te aconsejaré que consientas en cosas que pudieran mancillar tu nombre; pero no puedo menos de hacerte observar que de ninguna manera debes dejar pasen ocasiones que una vez perdidas, no vuelven jamás... Las circunstancias te favorecen hoy. Cuentas con un poder que ningún ser humano te puede quitar, y jamás se mirará como una humillación el que cedas a la fuerza. Si resistes, si te empeñas en conseguirlo todo, todo lo pierdes, y nada extraño sería que los que hoy te apoyan, al ver tu obstinación se volviesen hacia mí considerándome el primero después de ti. ¿Qué haría yo entonces? ¿Perder esta coyuntura y dejar el puesto libre a un extranjero? Jamás me decidiré a obrar de este modo. Mientras mi querido primo, en quien reconozco derechos superiores a los míos, esté delante de

Esperanza» la unión del conde de Montemolín, heredero de la corona en la dinastía expatriada, y a Isabel II con igualdad de derechos y, por tanto, figurando igualmente los dos como reyes—«tanto monta»—repitiéndose así, de esta forma, la unidad dinástica o ideológica española, como en lo territorial lo habían logrado los Reyes Católicos.

El «tanto monta, monta tanto» que pareció la panacea conciliatoria a los carlistas de entonces, era la fórmula que dejaba a salvo los derechos de don Carlos. Pero ya observó el conde de Rodezno en su libro «La Princesa de Beira», que el «superior talento de Balmes enfocaba la cuestión de modo más práctico, menos hincapié en cuestión de derechos históricos, que su penetrante perspicacia comprendía que haría fracasar el proyecto, y que la boda se realizase con levantamiento de la ley de exclusión de 1834, dejando a la natural influencia del rey consorte y, sobre todo, la acción del tiempo, el olvido y cicatrización de los rencores levantados por sucesos aún recientes».

Pero la Corte de Bourges, compuesta de generales como Alzaá, que tanto se había sacrificado en la guerra y en el destierro por la causa carlista; de eclesiásticos que consideraban la cuestión dinástica afecta a concepciones teológicas y de diplomáticos, como el antiguo embajador de Fernando VII y ministro de D. Carlos, marqués de Labrador, no tenía flexibilidad para estas concesiones; y, además, D. Carlos María Isidro—y apostillémoslo como hace Rodezno elogiosamente, por lo que de pureza de convicciones representa—tenía de sus derechos y destinos un concepto de imposición providencial que lo hizo mostrarse en todos los momentos de su vida, incluso cuando le presionó en ese sentido el mismo Luis Felipe, como ineludicable ni en un ápice.

Así, el conde de Montemolín, entendió que la tesis de Balmes, de la que en cierto modo se hacía eco la carta mencionada de don Francisco de Asís, era inaceptable para la dignidad real de que estaba investido, y con ello se rompió la posibilidad de dirimir esta contienda.

indulgencia, sino respetando sus principios, dándole entrada en el Gobierno.

c) Reforzar la autoridad real, apoyándola en la existencia de unas Cortes de calidad, proporcionado al régimen la cooperación de gente nueva, representativa de sectores sanos e inéditos de la nación, capaz de sustituir a los desgastados, cuando no desacreditados, progresistas y moderados.

d) Convenir que en las provincias los hombres de bien se mantengan unidos para sostener el orden, procurando salvarse a sí mismos sin esperar a que los salve el gobierno, ya que éste, como decía Balmes, es siempre, de muchos años a esta parte, o un moribundo o un frenético.

En su campaña política procuró Balmes, como en una ocasión explica en una carta (10-XII-1845) a Quadrado, ser escrupulosamente delicado en todo lo que de cerca o de lejos concierne a la religión; ser enemigo de los sistemas indecisos y muy amigo de respetar a las personas y hasta a los partidos; ir con mucho tiento en alabar a hombres públicos, atendiendo sólo a los hechos y no prodigando aquello de ilustre, etc., etc.; no dejarse ni gobernar ni inspirar por nadie en materia de redacción; oír con respeto a todo el mundo y con deferencia a los que lo merecen; «tengo—escribía—allá en mis adentros mi criterio propio, independiente, al cual me arreglo; que si bien no me muestro carlista, jamás pongo una palabra que humille a los carlistas; sin perjuicio, empero, de decirles las verdades convenientes; que jamás atacó ni directa ni indirectamente la legitimidad de Isabel, pero que en todos mis artículos esquivo siempre las cuestiones de legitimidad, como inoportunas; que nunca hago declaraciones, ni de liberal ni de isabelino, ni de nada semejante, pues, que quien quiera saber lo que pienso puede leer mis escritos, y no quiero que me salga con aquello de «excusatio non petita accusatio manifesta»; y que, al fin, por este camino no me va mal, y que de él no pienso salir».

gente, prefirió este último, y de ese modo, inconscientemente, los carlistas terminaron, de una forma u otra, haciéndoles el juego a los liberales.

Se dice, por algunos, que el conde de Montemolín, conociendo muy bien a sus carlistas, no estaba muy convencido que una vez casado con doña Isabel, no saliera un hermano suyo empujado por el carlismo y alegando, que con su matrimonio había partido la legitimidad de ejercicio.

Pero visto hoy, a más de un siglo de distancia, la campaña política de Balmes, el fracaso de su plan, y los derroteros posteriores que marcaron el rumbo de nuestra patria, hay aún muchos que juzgan como necesaria y esencial la intransigencia del carlismo, representado, en aquella ocasión histórica, por «La Esperanza» y no precisamente, por «El Pensamiento de la Nación». Los que así piensan sostienen—a posteriori—que de no existir esa intransigencia, el carlismo no hubiera existido hasta la fecha. En cambio, hay otros muchos que consideran como una de las desgracias mayores de nuestra patria a lo largo de todo el siglo XIX, el hecho de que el carlismo, a causa de aquella intransigencia, quedara convertido en mero instrumento de conspiración, al margen de la política, y, sobre todo, al margen de la monarquía establecida, a la que dejó, privándola de sus mejores hombres, indefensa ante progresistas y liberales. Si se mira la suerte del carlismo, se pensará de una manera. Si se mira la suerte de España, de otra. Esto último, los carlistas, en aquel entonces, no lo vieron, Balmes sí. Balmes tuvo la perspicacia de ver que «una cuestión dinástica—como escribía Renán años después—hace de todo accidente un caso mortal», y su penetrante perspicacia, no era precisamente un fruto «a posteriori». En ello estriba el significado de su actuación política, ineficaz, pero sumamente honrosa, capaz por sí sola de hacer ilustre la vida de todo un hombre. «Bastarían estos dos propósitos—decía Maeztu en los años de la República—, la unión de las dos ramas dinásticas y la de todas las fuerzas

es buen sujeto, no lo dudo; ¿pero qué tenemos con eso? ¿Qué podrá hacer el príncipe con la mejor voluntad del mundo? Nada, señor marqués, nada. Se muestra usted poco dispuesto a mezclarse en política; hace usted bien. Usted no sirve para cortesano y ésta no es época de hombres de Estado. Añade usted que se trata de reunir alrededor del príncipe consorte un centro de influjo y poder militar que sostenga el trono. Ya me figuraba que se contaba con esto. ¡Pobre país! Siempre el poder militar, como si gobernar fuera pelear y una nación pudiese convertirse en un campamento. Por desgracia, en un campamento se convertirán por una larga temporada; hay hombres que se hacen la ilusión de que se pueden repartir bofetones a diestro y siniestro y que los demás lo han de sufrir. ¡Tontería! Todos los hombres tienen sangre en sus venas, y son tantos los que prefieren la muerte a la humillación.

»En tiempos semejantes, ¿qué puedo esperar de mis escritos políticos, por leídos que sean? Sin embargo, mientras escriba iré diciendo la verdad; ufanos con su victoria de momento, no tienen que esperar una palabra de lisonja. Seré el mismo ahora que antes; como no espero ni temo nada de nadie, poco me importa el desagrado de los poderosos».

El 31 de diciembre se publica el último número de «El Pensamiento de la Nación», que ya no tiene razón de subsistir. Todo se ha venido abajo. Ya Balmes no tiene más actividades políticas. Viaja algo por el extranjero, y el 9 de julio de 1848, muere en Vich, a la temprana edad de treinta y ocho años.

Esta es la labor política de un español cimero cuya vida y obra son símbolos de una sensatez constante, que, como decía Montaigne, es el signo más cierto de la sabiduría. El resumen que sigue es de García Escudero: «En el rosario de ocasiones perdidas que es nuestro siglo XIX, ésa fue la mejor. No puede ni comparársele la de Cánovas en 1874. Si en 1846 se hubiera remediado esa determinante de todos nuestros fracasos que fue la debilidad del Poder, nos ha-

La cuestión de las bodas reales, como dijimos, interesaban a todas las grandes potencias. Inglaterra quería casar a un Coburgo, primo del marido de la reina Victoria; Francia a un Orleans; Austria tenía también su pretendiente; el rey de las Dos Sicilas, a su hijo, el Conde de Trapani, hermano de Maria Cristina, el más impopular de todos, porque recibía de rechazo la impopularidad de la exgobernadora.

EL MARQUES DE VILUMA

Pero el Marqués de Viluma, caballero de los que antes se rompen que se doblan, hijo de virrey, nacido en Lima, con ascendencia en la Montaña, acepta resueltamente representar los intereses nacionales y hacerse eco de los sectores representativos del país, cuya cabeza más sobresaliente era la de Jaime Balmes, la más valiosa y sensata de la España de su tiempo. «El Pensamiento de la Nación», se llamaba precisamente, su órgano de expresión.

Tan pronto como Viluma llega al gabinete, expone abiertamente el programa que Balmes venía elaborando en «El Pensamiento» desde su fundación, el 7 de febrero de 1844. Es cierto que todavía no se había convertido en paladín del enlace de la reina con el conde de Montemolín, habiendo publicado tan sólo artículos sobre asuntos de gobierno. Pero no fue muy político Viluma en esa su primera intervención gubernamental. Cuando expuso el programa de Balmes, lo hizo tan en plan de hombre poco flexible que los demás ministros se mostraron conformes en cuanto al fin, pero no en cuanto a los medios para conseguirlo. Y de modo inexplicable, Viluma, el mismo día de su toma de posesión, echa por delante la dimisión que se le acepta el 1 de julio.

Esto es el primer gran error político de Viluma, el cual todo el tiempo que dura su estancia en Barcelona—desde primeros de julio hasta que regresa a Madrid—está en estrecho contacto con Balmes. Un Balmes que veremos siem-

taba de moda tener mal genio, que vestía mucho más que ahora, el señor Mon, en una de sus frecuentes intemperancias, y como consta en el «Diario de Sesiones», desde el banco azul, tuvo el poco parlamentario desplante de tildar de "proceder ratero", la tramitación seguida por la minoría al plantear una enmienda relacionada con la dotación del Culto y Clero. Y aquel caballeroso Marqués de Viluma, no teniendo a su lado al preclarísimo Balmes—su mentor—tomó la cosa por lo trágico y, seguido de sus compañeros, abandonaron «definitivamente» el Parlamento, incurriendo en la torpe inoperancia de retirarse al Aventino, lugar que en política tan pocos frutos suele proporcionar.

A todo esto, por estos mismos días a fines de diciembre de 1844, Balmes había iniciado ya su campaña en pro de la boda entre Isabel II y el Conde de Montemolín. Más en concreto trata la cuestión en la gran serie de ocho artículos que publica entre febrero y marzo de 1845 en "El Pensamiento".

Cuando Balmes presentó a Viluma su primer Memorial, exponiéndole su idea de reconciliación dinástica, Viluma no se mostró muy conforme, sosteniendo la tesis del aplazamiento del matrimonio con el fin de que el tiempo se encargase de cicatrizar las heridas aún recientes. Pero Balmes acabó por persuadirle, no le dejó vivir y, al final, se dejó convencer.

MODUS OPERANDI DE BALMES

En febrero consigue Balmes que un significado personaje del Carlismo se dirija a Don Carlos V—el de la primera guerra carlista—que a la sazón vivía en Bourges, para que renuncie a sus derechos a la corona en favor de su hijo, el Conde de Montemolín; y éste acepta. El 26 de abril sale Balmes para París, y el 23 de mayo, el Conde de Montemolín publica un manifiesto a los españoles redactado por el filósofo catalán, el cual no regresa a España hasta

gido por el menorquín don J. M. Quadrado, siendo de Balmes la idea, quien, además, buscó e impulsó a su director. Pero «El conciliador» fracasó en su campaña de atraerse a los moderados. El plan principal era atraerse la aristocracia del partido, y eso no se alcanzó, antes bien aumentaron entre ellos las prevenciones y temores de una reacción absolutista. Los ex-moderados, que comenzaban a llamarse conservadores, tenían «El conciliador» por absolutista; los carlistas y monárquicos casi lo tachaban de liberal. Comparados con los carlistas fueron los moderados mucho menos generosos, demérito tanto más de resaltar en cuanto ellos no tenían masas populares, como los carlistas, siempre difíciles de conquistar para ideales serenos y de reflexión.

Con estos primeros pasos, Balmes, había realizado los preparativos necesarios para que el hecho de la reconciliación dinástica fuese posible. Era preciso que desapareciera del primer plano la figura de don Carlos V. Que entrara en juego la de su hijo, cuya historia estaba aún por escribir con los años apropiados para contraer matrimonio con la joven reina que aún no llegaba a los dieciséis.

El mismo Balmes comentaba los sucesos en «El pensamiento...» del siguiente modo: «Don Carlos ha desaparecido de la escena política y en su lugar se ha colocado su hijo; éste es un acontecimiento importante. El manifiesto que ha seguido a la renuncia indica un notable cambio en la política: esto es todavía más importante».

Cuentan que Viluma, ya convencido del plan de Balmes, tuvo parte en la introducción en Palacio de una miniatura del Conde de Montemolín. Pero el Conde de Montemolín padecía de estrabismo y ella, la reina castiza, dicen que exclamó: «¡Qué! Yo no me caso con un bisojo». Lo cual, indudablemente, tuvo también, con el tiempo, su influencia.

Pero, por desgracia, lo peor políticamente fue que la candidatura del Conde de Montemolín quedó reducida a ser la candidatura de la extrema derecha española. Los

puesto a servir los deseos de Palacio, de los moderados y de los franceses. Y éste fue Isturiz, quedando como únicos pretendientes los dos hijos del Infante don Francisco de Paula: don Francisco de Asís, Duque de Cádiz, y don Enrique, duque de Sevilla, preferido de Inglaterra por haber hecho públicas sus afecciones progresistas.

NUESTRA PEQUEÑA HISTORIA ECONOMICA

Para comprender mejor aquel mundo de intrigas extranjeras en torno a la cuestión de las bodas reales, ha de tenerse en cuenta que España, al precipitarse su decadencia política, hubo de resignarse a ser satélite donde antes había sido planeta. Por ello, mal que pesara a nuestros tatarabuelos, los progresistas escogieron girar en la órbita de Inglaterra, y los moderados... por aquello de que los enemigos de mis enemigos son amigos, hicieron lo mismo en la de Francia, cuyos sentimientos antibritánicos eran muy acusados en aquel tiempo. Los carlistas, como perdieron, se quedaron solos; aunque mejor correspondería decir que perdieron por no haber querido adscribirse a la órbita francesa. La adhesión de don Carlos a la legitimidad de los Borbones destronados por la revolución de julio, le impidió entenderse con Luis Felipe—su aliado natural—y motivó el aislamiento internacional de su causa.

José María Ramón de San Pedro, uno de los pocos españoles especializados concienzudamente en el estudio de la pequeña historia del movimiento económico español del siglo XIX, ha resaltado en diversas ocasiones cómo los moderados veían en Inglaterra la enemiga de nuestra nascente industria. A cambio de llevarse los vinos de Jerez, y de cargar el mineral de hierro en la ría de Bilbao, los ingleses no deseaban otra cosa de nosotros que vernos cavar la tierra, mantenernos estériles en luchas interiores y en-

DOÑA ISABEL, DON FRANCISCO DE ASÍS Y EL
CONDE DE MONTEMOLIN

Este don Francisco de Asís, tan traído, tan llevado y, en el fondo, siempre tan ridiculizado, estando de guarnición al frente de un regimiento en Pamplona, tan persuadido estaba de que lo que convenía al país era el matrimonio de la reina con su primo, el Conde de Montemolín, que escribió a éste una hermosísima carta exponiéndole su convicción. Ella, por sí sola, le ennoblece a los ojos de la posteridad.

Coincide esta carta con la anécdota—que cuenta el archivero de Palacio, don Ildefonso Bermejo, tan enterado de intimidades de la real familia—, ocurrida en Pamplona durante la estancia de la Corte en aquella capital con ocasión del viaje de los Duques de Nemurs y de Aumale, viaje en el que quedó definitivamente concertado el matrimonio de la Infanta con Montpensier y casi ultimado el de Isabel II. Ocurría esto en el verano de 1845. Hallábase Narváez en su alojamiento atendiendo a su tocado, cuando se le presentó con visibles muestras de preocupación el Ministro de Estado, Martínez de la Rosa, anunciándole la necesidad de tratar un asunto grave. Referíase a un escrito que recibía de París en el que se le daban detalles de ciertas revelaciones hechas por la Infanta Luisa Carlota, fallecida pocos momentos antes, en los momentos de su muerte. Según la referencia la Infanta Carlota, inspirada por el escrúpulo de la conciencia, había hecho saber a sus hijos en tan críticos momentos, que don Carlos María Isidoro era el Rey legítimo de España, y como madre, como Infanta y como pecadora arrepentida, les había exigido juramento de que ninguno de los dos se desposaría con su prima, a fin de no perpetuar con su cooperación la ilegitimidad en el trono.

El Conde de Rodezno se inclina a creer que este suceso no guarda relación con la carta que, fechada en Pamplo-

mí, me mantendré tranquilo como ahora. Pero si tu matrimonio viniera a hacerse imposible por las causas que indico, creo que mi conciencia (no hablo de mi interés porque un trono nada tiene de seductor) me manda, me obliga a no exponer la España a un nuevo conflicto... Resígnate a hacer un nuevo sacrificio costoso de verdad, pero absolutamente necesario. En otro caso no me acuses nunca de haberte quitado, si las circunstancias me lo ofrecen, un puesto que tú habrías abandonado y que no quisiera ocupase otro más que tú, a quien amo de todo corazón».

¿POR QUE FRACASO EL PLAN DE BALMES?

¿Cómo fue, entonces, posible que fracasara el plan de unión entre doña Isabel y don Carlos? La carta que acabamos parcialmente de transcribir es un documento importante por su relevancia y muestra cual era el verdadero ánimo del pueblo español. Por otra parte, el hecho de que Isabel II encargara, aunque sin éxito, a Viluma de formar gobierno, por sí solo es también bastante significativo. Si esta unión entre Isabel II y don Carlos podría haber resuelto muchos problemas planteados en España, sobre todo el de la honda división de los españoles, producida por la guerra civil, ¿por qué no triunfó el plan de Balmes?

No se piense tan sólo en los liberales, piénsese también en los carlistas.

Al lado de la tesis de «El Pensamiento de la Nación» según el cual la unión de Isabel II y el conde de Montemolín se haría sobre la base de aceptar éste únicamente el papel secundario de rey consorte, sin derecho alguno a intervención política y sin ocupar número en la cronología de los reyes de España, aunque el hijo de ambos reuniría las dos legitimidades, la de la ley Sálica y la de las Partidas; al lado de ésta tesis de Balmes existía la tesis carlista, sustentada en especial, por el diario «La Esperanza», que se fundó el 10 de octubre de 1844 y dirigió don Pedro García de la Hoz, buen amigo también de Balmes. Proponía «La

El gobierno de Narváez lanzó una terrible circular contra don Carlos, y Balmes se vio obligado a decir: «Aquí no hay más sistema que el del general Narváez, que escribe sus Decretos con la punta de la espada».

Lo cierto es que, por intransigencias de una y otra parte, por el matiz especial de la Corte de Bourges y por la tendencia del Gobierno de Madrid decidido a mantener la ley de exclusión de 1834, el proyecto de reconciliación dinástica estaba irremisiblemente fracasado. «No fracasó, ciertamente, la empresa de Balmes—escribía años después Menéndez Pelayo—por incompatibilidad de principios, como algunos imaginan, sino por incompatibilidad de personas».

LOS OBJETIVOS DE BALMES

El partido balmista con su política del matrimonio real, aspiraba a lograr, fundamentalmente, los siguientes objetivos:

a) Convalidar la reconciliación puramente convencional de Vergara, mediante el casamiento de la reina Isabel con el primogénito de Carlos V, terminando de esta suerte con el pleito dinástico.

b) Atraer al partido carlista, sacándole de la clandestinidad, convirtiéndole en instrumento de Gobierno. La gloria de Balmes no está en haber sido o no «un carlista vergonzante con su poco barniz de liberalismo» como le criticaba «El Globo», sino en haber abierto los ojos a una evidencia negada con tranquila terquedad por nuestros historiadores liberales: que en España todas las fuerzas liberales unidas sin el carlismo estarían constantemente en minoría. Haber visto que la enfermedad de España no podría curarse mientras una parte del país—la mayor y la más sana—acepte la legalidad sólo en tanto no es capaz de vencerla. Este es el sentido de su política de atracción del carlismo, postulada por Balmes no por vía de gracia o

Balmes era monárquico español y quería un partido nacional para consolidar la Monarquía; con ello queda dicho también que se oponía a abandonar el Gobierno del país a las disputas de los partidos. La razón de ello no era política sino filosófica. Balmes creía en la verdad política, porque, sencillamente, creía en la verdad.

Aprovechando su amistad con el conde de Chestre, Balmes, procuró también atraerse a los elementos militares. El marqués de Rozalejo reproduce en un libro la carta que el capitán general de Cataluña, don Manuel Bretón dirigió a Chestre, contándole entusiasmado la visita de Balmes.

Sin embargo, hay un encanto y un secreto en la infinita tolerancia de Balmes. Proclama la autoridad, porque está seguro de que existe la certeza. Pero es indulgente con los hombres. El que hoy comete un error podrá enmendarlo el día de mañana. Además, la vida de un hombre es sagrada «por inútil, por miserable, por débil que ella sea». Sagrada por la chispa divina que hay en su alma. Esto no lo piensan íntegramente más que los católicos y por eso son sus regímenes los más liberales de la tierra. No necesitan declarar los derechos del hombre para reconocerlos. Son para ellos de derecho natural y, por tanto, anteriores y superiores a toda ley escrita.

LA ACTITUD DE LOS CARLISTAS

Pero volviendo a la cuestión de las bodas reales, cuán diferente a la actitud de Balmes, era la del sector intransigente del carlismo (y la del mismo Donoso Cortés que entonces figuraba al lado de María Cristina, y al que posiblemente, en otra ocasión, dedicaremos un artículo glosando su actitud tan poco acertada y tan poco nacional en esta cuestión de las bodas reales). La falta de ductibilidad, tan peculiar en algunas actitudes carlistas y, por otra parte, tan ajena a la sabiduría y flexibilidad de su más auténtico mundo doctrinal, no se avino al plan de Balmes. El conde de Montemolín, entre Balmes y el sector carlista intransi-

de derecha en un gran partido nacional, para actualizar el pensamiento político de nuestro filósofo».

El grupo balmista tuvo existencia corta, como corta fue la vida de Balmes. Fracasados sus planes, pese a lo sagazmente que supo moverse cerca de don Carlos y de algunas Cancillerías extranjeras, y anunciado ya en la «Gaceta», el matrimonio de la reina con su primo don Francisco de Asís, Balmes redujo bastante su actividad política entregándose de lleno a una intensísima labor intelectual.

EL ROSARIO DE OCASIONES PERDIDAS

Sale de Madrid el 1 de julio de 1846 y regresa el 1 de noviembre. Vuelve a Madrid porque se habla de un levantamiento montemolinista en Barcelona y corre el riesgo de ser arrestado en la ciudadela de Barcelona por el gobierno. El 12 de septiembre Montemolín había lanzado un manifiesto a los españoles y empieza la segunda guerra civil llamada de los Matiners (Madrugadores) que se limitó a Cataluña. El 23 de septiembre, Balmes escribe una carta al marqués de Viluma en la que habla de su retirada de la política y en la que juzga la situación con estas palabras:

«Honda impresión me ha producido la sentida carta de usted. La voz de una persona para mí que puedo conocerla tan franca, tan cordial, no ha dejado de conmoverme y de hacerme pensar si tal vez me engañaba; por desgracia, mi convicción se robustece cuanto más medito. Dudo mucho que pueda hacer bien escribiendo de política. Las circunstancias han variado completamente: falta la base; no sé cómo se puede levantar el edificio. Indica usted que si ceso de escribir dirán que mi único objeto era el matrimonio de Montemolín; el objeto era un sistema cuya clave era el casamiento; si dicen esto dirán la verdad. Me conjura usted a que lo piense bien, lo haré. Queda mucho que hacer en interés de la nación, es cierto, pero yo no puedo detener las borrascas que van a desencadenarse ni nadie tampoco; quien lo intente se estrellará. Me dice usted que el príncipe

briamos ahorrado, seguramente, las revoluciones del 54 y del 68, la Segunda República, el desastre de 1898 y hubiéramos podido incorporarnos al gran movimiento industrial de la época. Nuestro siglo XIX no sería la historia de concesiones hechas por los conservadores a los revolucionarios para defenderse de los carlistas». Tal vez el único defecto de Balmes, es haber tenido—como dice Menéndez Pelayo—«razón antes de tiempo».

La noticia de su muerte y el fin de su actitud conciliadora, pronto quedarían del todo sepultadas bajo las amenazas y los disparos de otra guerra civil que no sería, precisamente la última... (1).

(1) En este artículo informativo, escrito como reportaje, se ha omitido la bibliografía con el fin de hacer su lectura más llana. Las fuentes del mismo son fáciles de localizar. Puede consultarse «Los escritos políticos» y el «Epistolario» de Balmes; la biografía y el índice de efemerides hecho por el P. Casanova, S. J. verdadero monumento bibliográfico que pocos autores cuenta en España. «La princesa de Belra» del Conde de Rodezno. «Cheste o todo un siglo». «El isabelino tradicionalista», del Marqués de Rozalejo. Los «Textos sobre España» de Menéndez Pelayo, seleccionado por F. Pérez Embid, B.P.A. Los estudios sobre nuestra pequeña historia económica del siglo pasado, publicados por J. M. Ramón de San Pedro bajo los auspicios del Banco Atlántico. Hay un excelente artículo del maestro Azorín sobre un Balmes político, vestido de paisano, moviéndose como todo un señor en el mundo de la prensa del pasado siglo, que no he podido localizar, pero que recuerdo haber leído, en uno de sus libros, con sumo placer. La sensibilidad prodigiosa de Azorín, a diferencia de Unamuno y Ortega, ha logrado captar el tono exquisito de la campaña de Balmes, periodista y político. El artículo de Maeztu a que hacemos aquí alusión, apareció en el «ABC» del 19-IV-34, y fue reproducido junto con otros artículos suyos, bajo el título «El nuevo tradicionalismo», en el número doble, 5 y 6, de «Punta Europa».